

TENGO UN SUEÑO, UN SOLO SUEÑO, SEGUIR SOÑANDO

Arquitecto Ignacio Mallo

“¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción; y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.” Pedro Calderón de la Barca

El hombre sueña desde tiempos inmemoriales. Su mayor utopía pareciera que es soñar despierto, pero quizás sea su más grande realidad, obsesión y voluntad de superación. No se puede vivir sin soñar, porque siempre miramos hacia el horizonte, a lo nuevo, aquello que está y no está al alcance de nuestras manos. El sueño es una quimera realmente para ser transformado en realidad y dar un sentido a la vida. La esperanza es lo que el sueño traduce en posibilidad y el ser humano pone en su horizonte de expectativas como interés y meta deseable. Soñar nos libera además de los fantasmas y curiosamente nos pone los pies en la tierra para alcanzar metas. No abandonemos esta herramienta que potencia todas nuestras capacidades. Es un gran activo, un valor agregado de la realidad.

Sin duda, sueñan los banqueros, arquitectos, poetas, las monjas, músicos, físicos, aviadores, los niños, o simplemente el hombre que ejerce el más sencillo de los oficios, porque se trata de una actividad onírica a la cual no podemos oponernos y también de un poderoso estímulo intangible que nos impulsa e ilusiona hacia aquello que deseamos alcanzar. La esperanza es lo último que se pierde, dice el viejo adagio popular, que reafirma esta búsqueda incesante de la realización del sueño.

Justamente, Sigmund Freud, quien estudió sistemáticamente los sueños y les otorgó una importancia vinculante a su famoso psicoanálisis, dijo que un sueño es la realización de un deseo. El notable austríaco consideraba que cada uno de los sueños tenía una interpretación. Freud quizás no habría entendido esa frase tan coloquial dicha en nuestros días y repetida como agua de lluvia: es tan solo un sueño o le hubiese dado un poderoso significado para rescatarla de su superficie más bien insustancial. Carl Jung, quien no estaba de acuerdo con Freud y rebatía sus tesis, sostuvo que el hombre está impulsado a la acción por fuerzas internas y también por estímulos externos. La vida para un hombre hay que conquistarla, proponía Jung, con voluntad heroica y cada persona, señalaba, debía cumplir su destino como algo particular, único, propio.

Shakespeare llegó a afirmar que un hombre que no se alimenta de sus sueños envejece muy pronto. Carl Sandburg, el poeta norteamericano, nos advierte que nada sucede a menos que primero sea un sueño. Jorge Luis Borges en su magnífico poema Sueños, se hace una pregunta trascendente y nos motiva a reflexionar, al tiempo que le otorga a la experiencia una extraordinaria materialidad: Si el sueño fuera (como dicen) una tregua, un puro reposo de la mente, ¿por qué, si te despiertan bruscamente, sientes que te han robado una fortuna?

El sueño, es como ese tesoro al final del arco iris que, para creer en él, no es necesario ser un gran soñador como suelen decir algunos de los que estamos dispuestos a derribar todos los muros para atrapar nuestros sueños.

La literatura universal ha privilegiado por siglos el tema de los sueños a través de relatos, poemas, obras de teatro, refranes, frases, dichos que se han transformado en tradiciones populares heredadas de generación en generación.

No hay un pueblo o aldea en el mundo que no tenga una historia relacionada con un sueño. Las Mil y una noches, la mágica recopilación de los relatos medievales en idioma árabe, nos transmite las experiencias vitales, aventuras más increíbles de los complejos y variados personajes de la vida humana, pero también de sus sueños. El hombre de El Cairo, por ejemplo, sueña que su fortuna está en lejanas tierras y después de viajar allí se entera por una descripción que hace el jefe de la policía de su sueño al escuchar su relato y quejas, que

el tesoro está al pie de la higuera de su propia casa. A veces no debemos ir a ninguna parte, porque el futuro está frente a nosotros mismos, nos enseña y descubre el relato árabe con una sencilla anécdota.

El país más poderoso de la tierra basa la riqueza de su nación en una tierra prometida que tiene como motor y sueño, el Sueño Americano. Es un verdadero pasaporte hacia el futuro dentro de la filosofía de vida norteamericana. Miles arriesgan hasta su vida, cruzan ríos, desiertos, empalizadas, los obstáculos más increíbles con tal de conseguir un cupo para construir su futuro en esa nación del norte.

En la milenaria China, siguiendo nuestro recorrido por el mundo, porque no hay geografía en la tierra donde no exista un soñador- Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa y estaba soñando que era Tzu. Una verdadera paradoja que refleja la profundidad y la magia de un sueño. Una verdadera transformación del propio ser humano, un vuelo hacia otra dimensión, donde la realidad se hace invisible.

En la antigüedad los hechiceros y magos de las tribus, o de famosos y poderosos imperios, vinculaban los sueños a algún designio de los dioses y de acuerdo con la filosofía o "reglas" de esas comunidades, éstos debían cumplirse en la realidad. En no pocas ocasiones, ocurrían los sacrificios para satisfacer los deseos de los dioses. Los sueños eran irrefutables, hablaban desde el más allá como una gran verdad de lo que vendría. Las profecías vinculadas con guerras, enfermedades, pestes, eran producto de un sueño.

Todo innovador sueña con sus proyectos, muchas veces, antes de sentarse a su mesa de trabajo y diseñar ese producto que, una vez realizado, todos disfrutamos.

No hay una realidad más potente que soñar despiertos. Es acercarnos al futuro, a lo que siempre soñamos conquistar. Ser esencialmente lo que el hombre es: un soñador y conquistador.

Martin Luther King, el luchador por los derechos civiles de los negros norteamericanos, un día de agosto de 1963 reunió a más de 200 mil de compatriotas frente al monumento de Abraham Lincoln en Washington, la capital de Estados Unidos y dijo su famoso discurso: Tengo un sueño.

"Tengo un sueño, un solo sueño: seguir soñando. Soñar con la libertad, soñar con la justicia, soñar con la igualdad y ojalá ya no tuviera necesidad de soñarlas."

No hay un líder verdadero si no existe un sueño, una meta, un proyecto. El hombre siempre mira hacia el horizonte y está a la espera de arribar a un puerto no siempre desconocido. Su quimera es como una luz deseada al final del túnel.